

La suerte y la sangre¹

Jair Villano

Escritor, su más reciente libro es *Un ejercicio del fracaso* (Ensayos, 2023),
villanojair@gmail.com

Mi abuelita Maruja dice que a todos nos llega la hora. Creo que hoy será la mía. Está triste mi abuela por los disparos de anoche, pero ya le dije que lo de hoy es importante. No es cualquier cosa, no, hasta el negro me ayudó a convencerla. El negro es el arquero del equipo. A veces tapa bien y a veces no; yo creo que tapa bien cuando se le da la gana. Lo sé porque cuando Javi nos llevaba al coliseo del pueblo, él y yo lo entrenábamos; el negro podía tapar los riflazos de Javi y hasta el rebote, y en cambio cuando le daba por entretenerte en boberías, lo dejaba todo y ya está: no le importaba. El negro siempre ha padecido problemas de atención; una vez, en pleno partido contra los de la cuadra de arriba, dejó el arco solo. Al rato cuando volvió con una de las empanadas que preparaba mi abuela, dijo que había dejado la llave del baño abierta y mi abuela ya le había advertido que si lo seguía haciendo le iba a dar rejo.

Mi abuela nos da mucho rejo, porque nosotros peleamos mucho; es que el negro es muy egoísta y duerme mucho, me toca levantarla para que no nos deje tirados, porque es el único del equipo que sabe tapar, y que le gusta tapar, porque en el equipo nadie tapa, todos quieren ser Rivaldo. Javi dice que yo no vi jugar a Romario y que me perdí los mejores momentos de Mayer Candeló. Javi nos lleva al Pascual Guerrero a ver al Cali. Aunque nos emociona la idea de ir a la tribuna sur, a saltar y a cantar con los de las barras bravas, Javi nos lleva a norte, porque conoce gente que nos hace entrar a los dos. Yo ya tengo once y con la boleta pueden entrar niños menores de diez. Bueno, pero estoy contando esto porque estaba hablando del negro y de lo distraído que es, tanto que una tarde que estábamos en el estadio y el Cali le hizo un gol a Santa Fe, el negro preguntó: ¿Gol? ¿Del Cali? Y el Javi y yo no podíamos de la risa, pues todo el estadio estaba celebrando la anotación de Telembí Castillo.

—Abuelita, hoy es el partido más importante. Déjenos salir un rato, ¿sí? Yo le ayudo a Javi a trapear, ¿sí?

—Y yo a barrer, ¿sí? —agrega el negro—.

Mi abuela lo pensó. Hizo un gesto grave, no sé qué habrá pasado por su mente. El punto es que asintió y volteó la vista hacia la sala, porque Javi ya había puesto la “Dan Den” a todo volumen.

—¡Bájele a la música, Javier! ¡No sea tan bulloso!

Mi abuela reniega para sí y se va, y nos deja a los tres, como casi siempre. Casi siempre estamos los tres: Javi, el negro y yo. A mis papás no los alcanzo a ver, porque madrugan a trabajar, porque dicen que me quieren sacar del barrio, porque mucha bala, y muchos amigos ya están por malos pasos. Paolita, la mamá del negro, también se va a trabajar y piensa lo mismo: hay que salir del barrio. Está muy caliente la cosa. Ayer mataron al hijo de doña fulana, antier al de mengana, la semana pasada al de perenceja, y Javi y Paolita se ponen a echar de menos al muerto. Y ponen cara de preocupación.

Bueno, pero entonces la abuela dijo que un ratico. Un ratico y si pasaba algo raro, nos subiéramos corriendo o nos metiéramos a la casa de doña Fabiola, que es la que vende los helados de maní.

—Y tengan cuidado. Tienen esas piernas todas peladas, llenas de cicatrices, yo no sé cómo es que juegan, ¡parece que fueran a barrer el piso!

Y nosotros que sí, que tranquila, que no pasa nada. Es que nos tomamos lo de los partidos muy en serio, y como en el barrio no hay cancha sino una calle empinada y amplia, nos toca organizar los arcos con piedritas o con las camisetas, y como el piso está lleno de filos cuando hacemos una zancadilla o vamos a luchar una pelota nos raspamos, pero no pasa nada, nadie se queja, porque nos tomamos los partidos muy en serio, ya lo dije.

Como será de importante lo de hoy, que el negro me prestó la camiseta blanca del Cali, la que el equipo usa cuando juega de visitante o contra

equipos que también la llevan verde, como Nacional y Quindío. El negro me prestó su camiseta blanca del Cali que lleva atrás el nueve, y yo me puse la pantaloneta verde, con la diez, porque a mí me gusta jugar de diez. Así que voy bien pinchado; con mi uniforme del Cali, y seguro de que hoy va a ser mi día de suerte, hoy me voy a lucir, voy a aplicar las jugadas que me ha enseñado Javi, y voy a hacer goles, y voy a jugar tan bien que la faena llegará hasta los oídos de la hija del policía, que es la niña que me gusta y la que quiero que sea mi novia, así sea en secreto, ¿no? ¡Porque qué pena que a uno lo vean con novia!

—¡Vamos, negro!

El negro está en la cocina, comiendo, como siempre.

—Espere me acabo esta empanada.

La salsa sigue a todo volumen, y sin embargo Javi dice:

—¡Negro, esa empanada era mía!

—Era... bien dicho, Javi.

—¡Le voy a decir a Paolita, espere y verás! ¡Me dejó sin desayuno!

Javi está furioso. Su cara se puso roja.

—¡Vamos, negro!

—Le voy a decir a Paolita, ¡negro maricón!

—¡Vamos, negro! —apresuro yo—.

—¿Y mi café? —vuelve y se queja Javi—.

(Bueno, ese me lo tomé yo. Me encanta el café, sobre todo el que hace mi abuela, que es muy dulce).

—¡Vamos, negro!

—¡Par de güevones! —grita el Javi, exasperado, mientras sigue sonando la Dan Den—, ¿quién se tomó mi café?

Y el negro sale con la boca llena de aceite, porque las empanadas que hace mi abuela son aceitosas, son muy ricas.

—¡Negro güevón, le voy a decir a Paolita! ¡Par de maricones!

Y el negro y yo salimos totiados de la risa, y vamos hasta la esquina a llamar a Cristian (el mueco) y a Jusep. Y luego bajamos a llamar a Sebitas. Pero antes de bajar, Cristian y Jusep hablan de Dragon Ball Z. Y yo les digo que lo olviden, porque hoy

debemos estar concentrados, hoy le vamos a ganar a los de la cuadra de Calle Caliente; y les digo que vamos por Sebitas que los manes del otro equipo nos están esperando, hoy apostamos los Sandis. Y ellos se motivan, y dicen que vamos a ganarles, que la otra vez nos ganaron de pura chiripa, que hoy sí vamos con toda, y vamos los cuatro motivados a donde Sebitas, que es el que más pata da y el más amable, además es el único que tiene balón. Y vamos motivados y de repente veo que en las gradas cerca de su casa hay sangre. Les digo a los muchachos, pero ellos no me hacen caso.

—¿Después del partidito vamos a jugar a donde Nora? —pregunta Jusep, ignorando la sangre esparcida—.

Y yo le diría que sí, porque también me encanta jugar fútbol en Play Station, y como ninguno de nosotros tiene la consola, nos toca ir a donde Nora, que tiene un local en *La Nave*, a alquilarlo por el tiempo que con las monedas nos alcancen.

Hablan entre ellos del fútbol en Play Station. Yo quiero decir algo, pero la sangre esparcida en el suelo me deja extasiado. Me hace estremecer y me dan ganas de llorar. Me recuerda la muerte de mi hermanita, y la sangre que también vi. Trato de restarle importancia, porque hoy es mi día de suerte, hoy estoy motivado, hoy voy a hacer goles. Miro hacia la casa de Sebitas y veo que en el balcón está su hermano menor, Juancho, le alzo la cabeza en señal de saludo y le pregunto por él, por Sebitas, como para motivarlo, lo invito a ver el partidito.

—Hoy ganamos porque ganamos, Juancho, camine y verás. Hágale que al final le gasto un helado.

Y Juancho se queda callado. Y veo algo raro en su mirada, pero no alcanzo a adivinar qué es. Total, no importa. Hoy no hay lugar para desconcentración, hoy es mi día de suerte, hoy voy a hacer muchos goles. Como en una película, todos se quedan en silencio; de repente, Juancho interrumpe:

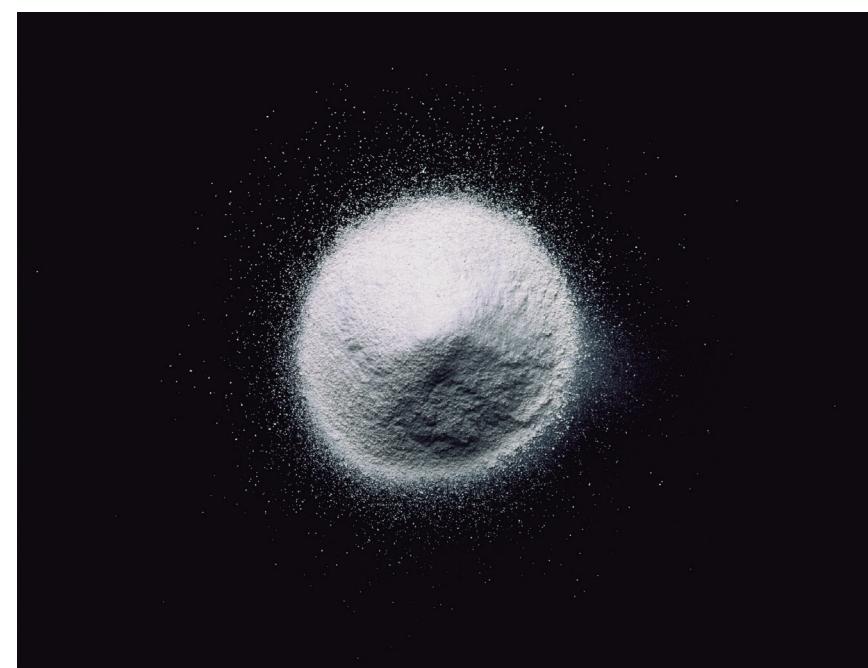
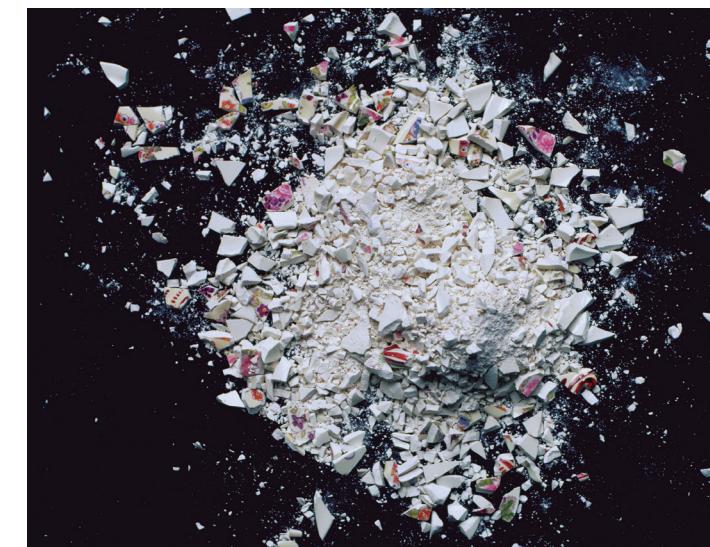
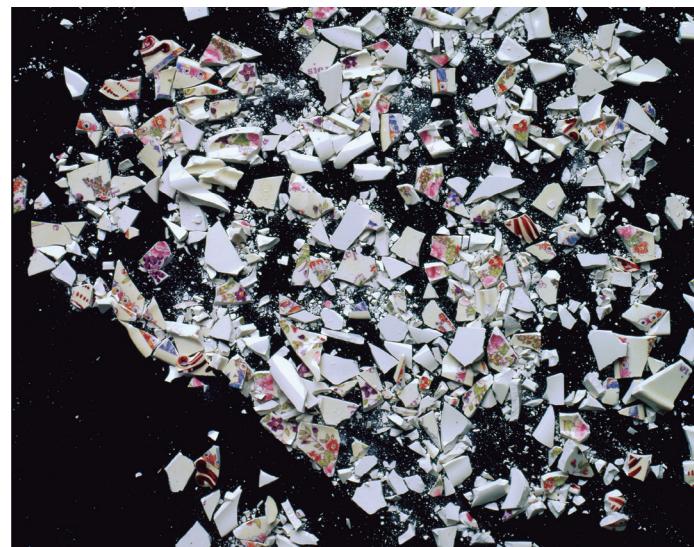
—Sebitas no puede ir.

Le voy a preguntar por qué, pero entonces su madre, que tiene los ojos rojos e hinchados, sale y nos mira y llora. Juancho dice:

—Lo mataron anoche. 

¹ Este cuento hace parte del libro inédito *El lugar donde empezó la angustia*.

Juan Manuel Echavarria, serie La bandeja de Bolívar, 1999



Juan Manuel Echavarria, serie La bandeja de Bolívar, 1999